

UNA VISITA AL ESCORIAL EN 1679⁽¹⁾

Nuestras camas eran tan malas, que no tuvimos gran trabajo para abandonarlas a la mañana siguiente, a fin de ir al Escorial. Pasamos por Monareco, donde comienzan los bosques, y un poco más lejos el parque del convento del Escorial, mandado construir por Felipe II entre montañas para encontrar más fácilmente la piedra que necesitaba. Ha sido menester una cantidad tan prodigiosa de ella, que no puede comprenderse sin verla, y el monasterio del Escorial es uno de los grandes edificios que tenemos en Europa. Llegamos allí por una larguísima calle de álamos formada por cuatro filas de árboles. El frontis es magnífico, adornado con varias columnas de mármol elevadas unas sobre otras, hasta una imagen de San Lorenzo que hay en lo alto. Allí están las armas del rey esculpidas en una piedra del rayo traída de la Arabia, y costó 60.000 escudos hacerlas grabar en ella.

Fácil es hacer creer que habiendo hecho un gasto tan considerable para una cosa tan poco necesaria, no se han escatimado las que podían ser útiles para contribuir a la belleza de este edificio, que es grandioso y de forma cuadrangular, presentando junto al cuadrado un cuerpo largo adherido a él y que le hace representar en cierto modo una parrilla como la que se empleó para martirio de San Lorenzo, patrón del monasterio. El orden es dórico y muy sencillo. El cuadrado está dividido por medio, y una de las divisiones que miran al Oriente divídese a cada lado en otros cuatro cuadros menores, que son cuatro claustros de orden dórico, de modo que quien ve uno de ellos ve todos los demás. La fábrica nada tiene de sorprendente en su traza, ni por la arquitectura. Lo que hay de notable es la masa del edificio, que es de 380 pasos en cuadro. Pues además de esos cuatro claustros de que he hablado, la otra parte del cuadro, subdividida en dos, forma otros dos cuerpos. Uno es el palacio del rey y el otro es el colegio, dentro del cual residen gran número de pensionados a los cuales el rey costea beca para estudiar. Los religiosos que lo habitan son jerónimos, cuya orden es desconocida en Francia y fué abolida en Italia, porque un fraile jerónimo atentó contra la vida de San Carlos Borromeo; pero no le hirió, aun cuando disparó contra él y las balas atravesaron sus vestiduras pontificales. Esta orden no deja de estar aquí en gran predicamento; hay trescientos religiosos en el monasterio del Escorial, que viven poco más o menos como los cartujos; hablan poco, rezan mucho, y las mujeres no entran en su iglesia. Además, tienen que estudiar y predicar. Lo que hace todavía más importante este edificio es la clase de piedra que en él se ha empleado. Se extrajo de las canteras próximas. Su color es grisáceo. Resiste a todas las injurias del aire. No se oscurece, y siempre conserva el color que tenía al principio. Felipe II tardó veinte años en construir el monasterio, disfrutó de él trece y allí murió. Costóle esta fábrica seis millones. Felipe IV le añadió el panteón, es decir, un mausoleo a la manera del panteón de Roma, abierto bajo el altar mayor de la iglesia; todo él de mármol, de jasper y de

(1) *Relación que hizo de su viaje por España la señora condesa D'Aulnoy en 1679. Primera versión castellana. Madrid, 1891*

pórfido, donde están embutidas en los muros veintiséis tumbas magníficas. Desciéndese hasta él por una escalera de jaspe, y al bajarla, me figuré entrar en alguno de esos recintos encantados de que hablan las novelas y los libros de caballería. El tabernáculo, la arquitectura de la mesa de altar, la gradería por donde a él se sube, el copón hecho de una sola pieza de ágata, son otros tantos milagros. Admiranse allí abundantes e increíbles riquezas en pedrerías y en oro. Un solo armario de joyas (porque hay cuatro, en cuatro capillas de la iglesia) excede con mucho al tesoro de San Marcos de Venecia. Los ornamentos de la iglesia están bordados de perlas y pedrerías. Los cálices y los vasos son de piedras preciosas; los candeleros y las lámparas son de oro puro. Hay cuarenta capillas y otros tantos altares donde se emplean todos los días cuarenta diversos ornamentos. El retablo del altar mayor se compone de cuatro órdenes de columnas de jaspe, y se sube al altar por diez y siete gradas de pórfido. El tabernáculo está enriquecido con varias columnas de ágata y varias hermosas figuras de metal y de cristal de roca. No se ve en el tabernáculo más que oro, lapislázuli, pedrerías tan diáfanas que al través de ellas se ve al Santísimo Sacramento, que está dentro de una naveta de ágata. Estímase este tabernáculo en un millón de escudos. Hay en la iglesia siete coros con órganos.

La sillería del coro es de madera exquisita; procede de las Indias, y está con admirable primor trabajada por el modelo de Santo Domingo de Bolonia. Los claustros del monasterio son sumamente hermosos, y hay en medio un jardín de flores y un templete abierto por los cuatro lados cuya bóveda se sustenta sobre columnas de pórfido, entre las cuales hay nichos donde están los cuatro Evangelistas con el ángel encima, y alrededor los animales de mármol blanco, de tamaño mayor del natural, que arrojan torrentes de agua dentro de pilones de mármol. La capilla está abovedada, es de bellísima arquitectura, y su pavimento de mármol blanco y negro. Hay allí varios cuadros de un precio inestimable, y en la sala capitular, que es muy grande, aparte de cuadros excelentes, se ven bajorrelieves de ágata, cada uno de pie y medio y cuyo valor no puede calcularse. Respecto a la iglesia, nada tiene de extraordinario en su estructura. Es más grande, pero análoga a la de los jesuitas de la calle de San Antonio, salvo ser del orden dórico como la casa. Bramante, famoso arquitecto de Italia, dió la traza del Escorial. Las habitaciones del rey y de la reina no tienen nada de magnificencia. Pero Felipe II consideraba esta casa como un lugar de oración y de retiro, y lo que más quiso embellecer fué la iglesia y la biblioteca. El Tiziano, famoso pintor, y otros varios más agotaron su arte para pintar bien las cinco galerías de la biblioteca. Sitio admirable, tanto por las pinturas como por sus cien mil volúmenes, sin contar los manuscritos originales de algunos santos padres y doctores de la Iglesia, muy bien encuadernados e iluminados todos. Fácilmente juzgaréis la grandeza del Escorial cuando os haya dicho que hay en él diez y siete claustros, veintidós patios, once mil ventanas, más de ochocientas columnas y un número infinito de salas y de aposentos. Poco después de morir Felipe III se quitó a los religiosos del Escorial un terreno que el difunto rey les había donado; llámase *Campillo*, y produce diez y ocho mil escudos de renta; esto se hizo en virtud de la cláusula de su testamento por la cual revocaba las inmensas donaciones que había hecho durante su vida.

El duque de Braganza hallábase en la corte de Felipe II, y el Rey quiso que lo llevaran al Escorial para que viera este soberbio edificio. Y como quiera que el encargado de mostrárselo le dijese que había sido edificado para cumplir el voto hecho por Felipe II en la batalla de San Quintín, el duque replicó con mucha gracia: «Grande miedo debía de tener quien hizo tan gran voto.» Al hablar de Felipe II, me acuerdo de haberseme dicho que Carlos V le recomendó que conservase las tres llaves de España. Eran éstas: la Goleta en África, Fletinga en Zelanda y Cádiz en España. Los turcos han tomado la Goleta, los holandeses a Fletinga, los ingleses a Cádiz. Pero el Rey de España no ha pasado mucho tiempo sin recuperar esta última plaza.

El Escorial está construido en la pendiente de unas rocas, en un sitio desierto, estéril, rodeado de montañas. El pueblo está abajo y tiene pocas casas. Casi siempre hace allí frío. Es prodigiosa la extensión de los jardines y del parque. Encuéntrense bosques, llanos, una gran casa en medio, donde se alojan los guardas, y todo está lleno de animales feroces y de caza.

MME. D'AULNOY.

